

La muerte del Papa y su pretendido envenenamiento, suministró á d'Alembert un nuevo pretexto para escribir al rey ¹, y ponerlo en desconfianza de estos enemigos de la filosofía. Pero el rey tomó entonces á su cargo la defensa, y se explicó su protector, en términos que el filósofo de París no supo cómo sostener su acusacion calumniosa.

« Todas las cartas de Roma y de Italia, escribia el » filósofo enciclopedista al rey, con fecha de 31 de » octubre de 1774, nos aseguran que la muerte del » Papa es una obra maestra de la especería jesuítica. » ¿ No podria V. M. fundar para esta buena gente en su » colegio de Breslaw una cátedra de farmacia, en cuya » ciencia parece que están tan versados ²? La elección » del sucesor de Clemente XIV será para ellos de grande » interés; pero no dudo que los príncipes católicos, que » conocen tan bien la fina habilidad de los jesuítas, se » unirán para empeñar al Papa futuro á que reserve este » tesoro á los príncipes que no van á misa, y no tienen

» solo época, sino tambien una era cronológica en los fastos de la » Religion. En la historia se contarán los tiempos futuros desde la » fecha de la *Egira*, que significa fuga ó expulsion jesuítica, á lo » menos en la Francia y en Portugal, y los jansenistas esperan que » este nuevo *cómputo eclesiástico* no tardará en ser adoptado por » todos los países católicos. »

¹ T. XI, 199, 204; XIV, p. 252, 255.

² Despues de los repetidos sucesos que hemos visto en nuestros dias en Alemania, Francia, Italia, etc., se puede asegurar ciertamente que los filósofos (y masones), son los verdaderamente versados en esta farmacia; y que la dicha cátedra habria estado fundada mas bien en la asamblea nacional de Francia, en el club de los Jacobinos, en el *Palais-Royal* (casa del duque de Orleans), ó en cualquiera logia masónica, que no en el colegio de Breslaw. No se imputaron estos falsos delitos á la compañía, sino porque no habia *verdaderos* que atribuirles; y porque los que verdaderamente los cometian, para quitar de sobre sí los ojos del público, y que no los abominase como debia, trataban de hacer caer la odiosidad sobre otros, á fin de que deslumbrado con sus declamaciones los juzgase á ellos inocentes. Regularmente los que van á robar, entran llamando ladrones á los que roban. ¿ Quién no ha oido hablar del *agua tofana*, tan frecuentemente empleada? El puñal de Sand está aun humeando.

» que temer les suceda, al comulgar, lo que á aquel otro » pobre emperador, á quien regaló tan sabrosamente, » al hacerlo, el bendito fray Sebastian de Montepul- » ciano ⁴. » Pero Federico era demasiado ilustrado para dar crédito al envenenamiento del Papa, lo que habia sido desmentido públicamente de orden del sacro colegio por el médico de cabecera de S. M. Mr. Saliceti; y así respondió al filósofo de París (XI, 199): « Por una » consecuencia de este escepticismo, os ruego no deis » tan lijeramente crédito á las calumnias que se espar- » cen sobre estos buenos padres. Es una falsedad lo del » veneno del Papa. La verdad es que él se afligió mucho, » porque habiendo enunciado la restitucion de Aviñon, » nadie se congratuló con él; y de ver cómo una noticia, » tan ventajosa á la santa Sede, se habia recibido con » tanta indiferencia. Una jóven parece habia profetizado » que sería envenenado tal dia.... ¿ creéis vos que la » tal jóven estaba inspirada de Dios ²? El Papa ha » muerto, pero no en consecuencia de esta profecía, » sino de un derrame general de todos los humores.... » Se ha habierto y disecado su cadáver, y no se ha ha- » llado la menor señal ni indicio de veneno ³; pero sí se

¹ La manía de hablar mal de la Religion, ha hecho adoptar á los incrédulos las fábulas absurdas, que cualquier espíritu caprichoso ó impío ha querido inventar contra ella. El mismo Federico se dejó arrastrar de ella, al par de los otros espíritus ilustrados. Esta especie, de que el emperador Enrique VIII hubiese sido envenenado con una *forma* al tiempo de comulgar el dia de la Ascension, por un religioso llamado, no Sebastian (que esta gente todo lo equivoca), sino Bernardo Policiano, es una impostura calumniosa desmentida hasta por el mismo Moreri, y que ningun crítico desapasionado podrá jamás adoptar. Pero la crítica de los filósofos de nuestros dias no tiene ojos sino para desechar lo que puede ceder en honor de la Religion y de la Iglesia, y para adoptar cuanto puede infamarla. Es necesario estar bien ciego para no conocerlo.

² Esta jóven, conocida generalmente con el nombre de la *Aldeana de Valentano*, se llamaba *Bernardina Renzi*; y por los años de 1791 residia en el monasterio del amor de Dios de la ciudad de Montefalcone. Predijo en efecto la muerte, pero no el tal veneno de Clemente XIV. Véase la *Gaceta eclesiástica de Florencia* del año de 1776, n. 15, p. 119.

³ La relacion de la enfermedad y muerte de Clemente XIV,

» le ha impropereado la debilidad de haber sacrificado un
 » órden como el de los jesuitas al capricho de sus hi-
 » jos.... En los últimos meses de su vida ha estado de
 » un humor enojoso, y esto unido á.... es lo que ha
 » contribuido á acortar sus dias. La compañía está justi-
 » ficada, y los que de ella queden aun, no tendrán nece-
 » sidad de arsenal para fabricar puñales, ni de farmacia
 » para bebidas *expeditivas*. »

Es muy creible que el mismo d'Alembert, como tan despreocupado, tampoco diese crédito á la fábula del veneno; pero le convenia entonces hablar así; y esta es sin duda la razon por qué en otra carta de 15 de diciembre del mismo año (XIV, 255), le dice al rey: « Estamos ya esperando Papa, y creemos que no dejará mas jesuitas que los que hay en los Estados de V. M., que quiere tolerarlos: no extraño que V. M. no crea lo del veneno del pobre Pontífice; pues á creerlo, no podria conservar cerca de sí un solo instante tan hábiles drogueros; pero todas las noticias de Italia lo afirman tan positivamente, y con tan menudas circunstancias, que es imposible dudarlo ¹. V. M. me pregunta si creo

escrita de órden de los cardenales, por el médico Saliceti y los cirujanos que le asistieron, y firmada además por Andinolfi, médico de cabecera de S. S., dice expresamente: *que una causa solamente interna y no extrínseca, fué la que llevó al sepulcro al Pontífice; y en una carta particular dice el mismo Saliceti: no tiene fundamento alguno la voz de que el santo Padre ha muerto de veneno; hablar así, es puramente soñar, sin mas que por querer: ni ha habido, ni se ha hallado el menor indicio, ni vestigio, ni indicante de veneno; ni era tampoco necesario andarse buscando causas oscuras é inciertas, cuando las habia tan palpables y evidentes, suficientes para quitar la vida al Pontífice, como las expuestas en la relacion.*

¹ Pues que tanto se empeña M. d'Alembert en que precediese veneno á la muerte de Clemente XIV, ¿qué fundamento tiene para atribuirselo á aquellos padres? Su suerte estaba ya decidida.... además de que no estando Clemente XIV tranquilo sobre su supresion, viviendo él podian esperar una revocacion de sus determinaciones, que era lo que tenian sus enemigos; lo que con el mentido veneno se impedia é imposibilitaba. Por otra parte, ¿rodeaban acaso los jesuitas al Papá? pregúntese al P. Buontempi, á.... Podiamos extender mucho nuestras conjeturas, pues la revolucion francesa y sus consecuencias nos han hecho conocer muchos misterios.

» que aquella jóven estuviese *inspirada*; creo que V. M.
 » me conoce bastante bien para no sospechar que yo dé
 » asenso á tales inspiraciones. Lo que sí creo mas fácil-
 » mente es, que los bribones que hicieron predecir la
 » muerte del Papa, habian tomado tan bien sus medidas,
 » ó estaban resueltos á tomarlas, de modo que la pre-
 » diction saliese verdadera ¹. Por lo tanto no lleve á
 » mal V. M. que repita siempre con Caton: *Delenda*
 » *Carthago; conviene acabar con Cartago*; aunque tam-
 » bien añadiré, que, exceptuados los envenenadores,
 » y eso cuando estén convencidos de ello, sería una bar-
 » bárie hacer infelices, y reducir á la mendicidad y
 » desesperacion á las personas que habitaban en Carta-
 » go; y que es necesario trabajar en convertir en buenos
 » ciudadanos á los que, cuando jesuitas, hubieran sido
 » siempre ambiciosos é intrigantes. »

Federico no dejó de responder de nuevo á esta réplica de d'Alembert, y así el 6 de enero del año siguiente, le dice: « ¿ Os habeis empeñado en que el Papa por fuerza ha sido envenenado? Yo sé ciertamente que todas cuantas cartas llegan de Italia aseguran que no, y desmienten esa fábula, y no hallan cosa alguna extraordinaria en la muerte de Ganganelli, á no ser que estos Italianos tengan dos pesos y dos medidas; y cuando escriben á Francia les digan lo que allí saben

¹ Pero en efecto, ¿la prediccion de la muerte del Papa es segura? D'Alembert la da por incontestable, y que los jesuitas la hicieron predecir, porque lo querian envenenar. ¿Cómo se tragan absurdos cuando se trata de llevar adelante nuestros caprichos! Hasta los niños saben que los venenos, aun los mas eficaces y activos, obran con mas ó menos prontitud, segun la robustez, complexion, y disposicion de los sujetos; y como de esta no se puede tener humanamente una infalible certeza, tampoco se puede dar del efecto del veneno determinadamente. Pero para d'Alembert esto no importaba nada. Los jesuitas conocian lo que nadie en el mundo puede conocer; y sin acercarse ni tratar al Pontífice, tenian conocida tan perfectamente la constitucion física del Papa, la actividad del veneno, y supieron preveer tan bien el momento preciso en que habia de tomarlo un año despues, que mucho mas de un año antes pudieron predecir exactísimamente por medio de aquella aldeana el año, mes, dia y aun la hora en que debia morir su ilustre víctima. *Apage putidas fabulas.*

» que puede agradar, y aqui lo que puede parecer mejor. Yo no lo entiendo. De todos modos nuestros buenos padres de Silesia es cierto que no han tenido parte en tales horrores. » Lo que el rey añade despues merece singular atencion ; pues nos descubre el verdadero y primario fin y objeto á donde dirigian los incrédulos todas sus operaciones. « Por lo que hace á Cartago, yo os la sacrificio : entiendo que es la misma que Calvino llamaba Babilonia : será ciertamente un gran bien para la humanidad libertar á los hombres de la jerarquía, y de todas las supersticiones que de ella dependen ; pero ni vos, ni yo, veremos dias tan felices. Se necesitan siglos para que llegue, y aun entonces acaso una nueva supersticion substituirá á la antigua ; porque estoy persuadido que la inclinacion á la supersticion es innata en el hombre. » Federico tiene razon en esto, pues Dios ha impreso en el hombre una inclinacion invencible á la religion, que no pueden superar todos los esfuerzos. Y hé aqui porqué no se da un verdadero ateó. Si se desecha la verdadera religion, se adopta luego una falsa, y cuando se cierran los ojos á la verdad, se abren luego á la mas ridícula supersticion : los mismos incrédulos nos están dando diariamente pruebas incontestables de esta trasformacion vergonzosa.

X.

Ya se habrá notado que el principal fin por que el rey de Prusia queria conservar los jesuítas en sus Estados, era la educacion de la juventud. No es la única vez en que se ha visto á este gran príncipe combatir prácticamente los principios filosóficos, que en la teórica habia adoptado. Su alma naturalmente recta, racional, sacudia en repetidas ocasiones el yugo que le queria imponer una filosofia soberbia, y de este contraste de la verdad con el error, que despedazaba muchas veces el corazon de Federico, nacieron todas sus inconsecuencias prácticas y especulativas. Ciertamente no podia hacer cosa mas perjudicial á los progresos de la incredulidad. Él mismo en el *Exámen del ensayo sobre las preocupaciones* habia observado juntamente con aquel escritor, que para

hacer *prosélitos* á la filosofia¹, el medio mas oportuno era quitar á los eclesiásticos la educacion de la juventud de que estaban en posesion, para encargara á los filósofos, lo cual la preservaria y aseguraria contra las preocupaciones religiosas, en que las escuelas la habian imbuido desde la cuna. Esto no obstante, perseveró en la resolucion de confiar la educacion de la juventud, con preferencia exclusiva, á los jesuítas, « con los cuales, escribe en agosto de 1775² : Conservo un gran vínculo de ternura, no como frailes, sino como maestros de la juventud y literatos, cuyo establecimiento es útil á la sociedad. » Y en el diciembre anterior habia escrito á M. de Voltaire en los términos siguientes³ : « Yo no los he conservado, sino en favor de la juventud. El Papa les ha cortado la cola, y ya no podrán servir, como las zorras de Sanson, para abrasar los campos de los Filisteos. Por otra parte la Silesia no ha producido padres Guignards, ni Malagridas ; nuestros tudescos no tienen las pasiones tan vivas como los pueblos meridionales. Si todas estas razones no os mueven, prosigue chanceándose irónicamente, os propondré otra aun mas poderosa. En la paz de Dresde prometí que la Religion permaneceria en mis provincias *in statu quo* ; y así en las que habia jesuítas, deben conservarse. Los príncipes católicos tienen oportunamente á su disposicion un Papa que los absuelve de sus juramentos, usando de la plenitud de su potestad : mas yo estoy obligado á cumplir mi palabra ; porque el Papa se creeria *impuro* si me dispensase, y se haria cortar los dedos con que hubiese dado la absolucion á un maldito *hereje* de mi modo de pensar. Si no me volveis á dar en cara con mis jesuítas, no os diré tampoco una palabra sobre vuestros..... Nosotros nos burlamos mutuamente. Mis jesuítas han producido hombres grandes, y aun en este tiempo se cuenta entre ellos al padre Tournemine, vuestro rector. Los capuchinos se lisonjean con san Cucufino, del cual pueden gloriarse á medida de su deseo ; y sin embargo vos los protegeis, que valeis solo tanto como lo mejor

1 Tomo 2, edic. 1789, p. 306. — 2 Id., 11, p. 221. — 3 Idem, 9, p. 20.

» que Ignacio ha producido. » Y despues en 11 de marzo de 1774 dice á d'Alembert : « Podeis estar enteramente » tranquilo sobre el punto de los jesuítas¹, los cuales ya » no son jesuítas sino en mis Estados. Ellos son mas necesarios de lo que os imaginais en Francia para la » educacion de la juventud en estos países, en donde los » maestros son raros, y apenas pudieran con dificultad » encontrarse entre los seglares, especialmente en la » Prusia occidental. » Y en otra de 28 de julio siguiente : « Ved ahí la razon por qué he tolerado á vuestros enemigos los jesuítas. En las provincias en que yo los protejo, no han usado del puñal, y se han limitado á enseñar en sus colegios las humanidades : ¿será esta una razon para perseguirlos? ¿se me imputará acaso como un delito el no haber exterminado una sociedad de literatos, porque algunos individuos de esta compañía han cometido atentados² á doscientas leguas de distancia de este país? Las leyes quieren el castigo de los culpados; pero condenan al mismo tiempo el furor atroz y ciego que envuelve en su venganza á los inocentes con los culpables. Si me acusais de demasiada tolerancia, me gloriaré de este defecto. Sería de desear que no se acusase á los soberanos de otras faltas que esta. »

Unos sentimientos tan ventajosos para la compañía, una proteccion tan manifiesta, y los principios de una tan decidida resolucion, hicieron perder de todo punto á los *incrédulos* la esperanza de atraer al rey de Prusia á sus designios. Pero los jesuítas tenian enemigos mas finos y diestros que los mismos filósofos, los cuales obtuvieron por fin el triunfo que estos contaban ya por perdido. El gran Federico, queriendo arraigar mas en sus Estados la compañía, la destruyó, y los jesuítas dejaron de existir en todas partes³, menos en la Inglaterra

¹ Tomo 11, p. 182.

² Todas las personas imparciales y sensatas saben bien que no habia tales delitos y atentados : el mismo Federico es el primero que estaba persuadido de ello ; de otra suerte no los hubiera sostenido ni defendido de las calumnias de sus filósofos.

³ El autor de la vida de Federico II, rey de Prusia, impresa en Strasburgo, el año de 1787, en el t. 3º, p. 312, dice : « Se sabe cuán

y en la Rusia. Esto es lo que se infiere de una carta de 18 de noviembre de 1777 del mismo rey de Prusia á M. de Voltaire. Escribíale en estos términos¹ : « Quereis » saber en qué han venido á parar entre nosotros los » jesuítas? Yo he conservado este orden, sea bien ó mal » hecho, á pesar de ser *hereje*, y lo que es peor, *incrédulo*. Hé aquí las razones : en todo nuestro país no » hay un católico literato ; no teniamos padres del Oratorio, ni Esculapíos ; el resto de los regulares son ignorantísimos² : era pues preciso ó conservar los jesuítas, » ó cerrar todas las escuelas. Por otra parte, era necesario que este orden subsistiese para suministrar profesores á los estudios, á medida que los anteriores fuesen faltando. La fundacion era suficiente para estos gastos ; pero lo hubiera sido para costear profesores seglares. » Además, en la universidad que estaba á cargo de los jesuítas era donde se formaban los teólogos destinados á ocupar las parroquias ; y si este orden hubiese sido suprimido, la universidad no subsistiría, y entonces habria sido necesario enviar los jóvenes desde Silesia á estudiar la teología á Bohemia, lo cual sería contrario á los principios fundamentales de buen gobierno. Estas poderosas razones me han hecho defensor de este orden, por el cual he combatido tan bien, que, á excepcion de algunas ligeras modificaciones, lo he sostenido como está al presente, sin general y sin el tercer voto, y condecorado con un nuevo uniforme que le ha concedido el Papa. » Y por esto mismo decimos que cesaron desde aquel punto de ser jesuítas.

De todo lo dicho hasta aquí con respecto á los jesuítas,

» poco inclinado fué Federico á destruir el orden de los jesuítas en sus Estados. Esta resolucion se tomó muy tarde en la Silesia, y Federico no consintió en ella, sino despues de las mas vivas y repetidas representaciones por parte de la corte de Roma y de otras muchas cortes católicas. Así es que provuyó con abundancia á la subsistencia de los ex-jesuítas.... y en ningun lugar están mejor, ni en ningun Estado católico mas contentos, mas libres y mas tranquilos. » Su abolicion en la Silesia fué consiguiente á un despacho real de 3 de enero de 1776.

¹ Tom. 11, p. 359.

² Sin duda hablaba aquí su odio filosófico.

resultan, según parece, de una manera demasiado demostrativa, tres consecuencias, á saber : 1.^a Que los incrédulos han mirado siempre á este orden como un baluarte de la fe católica, y como un obstáculo insuperable al establecimiento del reinado de la incredulidad. 2.^a Que los golpes mortales dados en diversos tiempos y en diversas partes á este orden, y mucho mas su total extincion, han sido siempre mirados por los impíos como una gran ventaja y un glorioso triunfo de la filosofía. 3.^a Que nada han temido ni creído mas perjudicial á los ulteriores progresos de la incredulidad, ni procurado impedir con mayor tesón, que su restablecimiento; y por esto jamás han dejado de renovar, como se infiere de lo dicho hasta aquí, las calumnias de los puñales, de los venenos, de las rebeliones, aunque ellos estén mas bien penetrados que ningun otro de su falsedad.

XI.

La suerte de los jesuitas hizo preveer fácilmente á los sabios apreciadores de las cosas la que debian esperar los demás regulares. Con efecto, sabemos por una carta del rey de Prusia, escrita en 20 de agosto de 1765 á d'Alembert *sobre su Historia de la expulsión de los jesuitas*, que animado M. de Choiseul con su feliz éxito, habia formado ya el grande proyecto que no ha podido realizarse hasta *cinco lustros* despues¹. « El ministerio, » le escribe, puede haberse incomodado con vos porque » habeis descubierto sus ulteriores miras, pues habiendo » tenido M. de Choiseul valor para atacar á los jesuitas, y » arrojarlos de la Francia, es de creer no le faltará, si en » cuéntra ocasion, para hacer otro tanto con los demás » regulares. Pero acaso lo disimula, y no quiere que la » milicia clerical advierta la extension de sus designios². » Pero la Religion del príncipe, como hemos

¹ T. 11, p. 11.

² M. de Chalotais, procurador general del Parlamento de Bretaña, habia ya dicho que *el espíritu monástico es el azote de los Estados, y que así como los jesuitas son los mas nocivos de todos aquellos á quienes anima este espíritu, porque son los mas po-*

observado ya, y la influencia del clero desconcertaron todos los designios de los incrédulos en la Francia; y por mas que se hubiesen lisonjeado en un principio de convertir en *filósofo*⁴ al mismo rey, y aun de llegar á ver, como chanceándose escribia á d'Alembert el rey de Prusia, al mismo d'Alembert *limosnero mayor*, á Diderot *confesor* de Choiseul, *confesor del Delfin* á Montmel, á Voltaire *arzobispo*, *obispo* á Juan Jacobo Rousseau, y *abad comendatario* al marqués d'Argens; por mas que todavia se lisonjeasen de que « la patria de Voltaire² no volveria á ser nuevamente en nuestros dias » el asilo, y el último atrincheramiento de la supersticion; que la posteridad llegaria indudablemente³ á gozar del bien de poder pensar libremente; » y tarde ó temprano serian seguidos en todas partes los ejemplos de un *célebre potentado*; por mas que la Francia tuviese grandes *filósofos*, sin embargo nuestros pensadores *libres* estaban persuadidos de que⁴ « la mayor » parte de la nacion era aun mas supersticiosa, y estaba » menos adelantada que en cualquiera otro pais de la » Europa; que la levadura funesta del fanatismo podria » hacer aun que se aumentase el número de supersticio-

derosos, convenia empezar por ellos á sacudir el yugo de esta nacion perniciosa: sobre lo cual dice d'Alembert en la citada Historia (p. 161): « La guerra que con tan feliz suceso ha hecho este » magistrado á la Compañia, no es mas que una señal del exámen, » al cual sería de desear que se sometiesen las constituciones de » todos los regulares. » Y poco despues en la p. 162: « Con respecto á los regulares en general, será propio de la prudencia del » gobierno examinar la conducta que deba seguirse con ellos: mas » en suposicion de que se quiera algun dia su destrucción, ó por lo » menos debilitarlos, debe entre tanto impedirse que sean nocivos: » para conseguirlo hay un medio infalible, sin usar de la violencia, la cual es necesario evitar aun con ellos; y será el de renovar » las antiguas leyes que prohiben los votos monásticos antes de » los veinte y cinco años de edad. ; Ojalá se conforme el gobierno » en esta parte con el unánime deseo de los ciudadanos ilustrados! » En la esperanza de este monástico desastre y de este bien del Estado, etc. » Este es el pasaje de la *Historia* de d'Alembert, á que parece alude aqui el rey de Prusia.

¹ T. 11, p. 30. — ² T. 9, p. 326. — ³ T. 10, p. 287. — ⁴ T. 11, p. 247; t. 15, p. 34.

» sos, sofocando el de los contrarios¹; que el veneno del
» fanatismo se extendiese acaso² tanto, que hiciese crue-
» les y bárbaros á los magistrados y á las leyes, y sofo-
» case el grito de la naturaleza y la humanidad³.

Fuera de allí, y principalmente en la Alemania, les pa-
recía adelantar mas, y que las cosas caminaban á me-
dida de sus deseos. Permitásenos seguirlos por un mo-
mento en sus triunfos, que despues se ha visto con dolor
no eran imaginarios. Recuérdese únicamente que aquí ha-
bla el lenguaje de la incredulidad⁴. « Parecé que la Eu-
» ropa, *decían*, se ilustra al presente sobre todos los ob-
» jetos que influyen mas en el bien de la humanidad...⁵.
» La razon se desenvuelve cada dia mas, y los países
» mas estúpidos sienten ya sus movimientos...⁶. Estó
» ha hecho caer la venda del error que el escéptico
» Bayle en parte habia ya arrancado. Aparecieron en la
» Francia los Fontenelles y Voltaires; el célebre Thoma-
» sio en Alemania; los Hobbes y Colins, los Shaftesbu-
» rys y Bolingbokes en Inglaterra. Estos hombres gran-
» des (*y tanto mas grandes á los ojos de los incrédulos*
» *cuanto menos creyentes*) y sus discípulos, han descar-
» gado un golpe mortal á la Religion (*pero ellos ya mi-
» rieron, y la Religion no ha acabado*). El deísmo tiene
» buen número de sectarios. Con esta religion racional,
» (*se entiende para sus secuaces*), se establece la toleran-

¹ T. 9, p. 260. — 2 T. 9; 180; t. X, p. 41; t. 19, p. 42; t. 9,
p. 284.

³ ¡Oh! si se hubiera verificado esto, no se habrian visto tantos
horrores, tantas acciones impías y de barbarie, cuya memoria sola
eriza los cabellos. Los ministros de la religion proscriptos, los tem-
plos del Señor profanados hasta el extremo de darse adoracion á una
prostituta en donde antes se veneraba al Santo de los santos; con-
vertidos otros en lupanares, logias, casas de baile, etc.; despedaza-
das las imágenes, rotas las cruces, arrojadas por los suelos las sagra-
das formas, degollados y perseguidos los ciudadanos porque eran
católicos, etc..... ¡Apóstoles de esa humanidad tan proclamada,
dejásteis caer la máscara, y ya no podéis dejar de ser conocidos!
Pueblos, volved los ojos á la Francia por los años de 1791 y 93, y
velad por vuestra conservacion: principes, contened esa falsa filo-
sofia; no olvidéis que las mismas causas producen siempre los mis-
mos efectos.

⁴ T. 9, p. 358. — 5 T. 9, p. 326. — 6 T. 9, p. 93.

» cia, y ya no hay enemigos por tener modos diversos
» de pensar..... Ya no hay celantes¹ sino en Francia (*así*
» *hubiera muchos aun hoy dia....*) La España está tibia...
» Viena se resfria cada dia mas.....². En la supersticiosa
» Bohemia y en el Austria, antiguo asilo del fanatismo
» (*nuestro lector sabrá tomar en su verdadero sentido estas*
» *expresiones*), las personas de carácter comienzan á
» abrir los ojos: las imágenes de los santos (*hé ahí una*
» *prueba muy significativa*) no gozan ya del culto que en
» otro tiempo se les daba.....³. El Austria, la Westfalia, y
» en fin, la Baviera, procuran atraer á sí algunos rayos
» de luz..... (*filosófica y bien tenebrosa*). » El Papa, que
» ya en el año de 1740⁴ « no era mas (*segun los filósofos*),
» que el primer obispo de la Cristiandad⁵, » y ahora es
un « fantasma viejo é imaginario, un vendedor de..... »
Basta⁶: las personas bien nacidas no pudieran sufrir que
recordásemos ciertos términos que igualmente ofenden á
la Religion que á la decencia. ¿No se podrá nunca ser
incrédulo, sin ser á la par *cínico*, y.....? « La barca de
» san Pedro, continúan llenos de regocijo⁷, *hace agua*
» *por todas partes, y Voltaire es el can marino que trabaja*
» *por trastornarla*. » Pero no ha sido trastornada aun; y
cualquiera otro que tome á su cargo esta empresa, será
en ella igualmente desgraciado. « *Voltaire y sus obras*⁸,
» (*confesion muy significativa y preciosa para quien sabe*

¹ T. 11, p. 160. — 2 T. 10, p. 25. — 3 T. 9, p. 326. — 4 T. 1
p. 86.

⁵ Este primado *simplemente de honor* favorece mucho á nuestros
incrédulos. Ellos observan bien que si el Papa es solamente el *pri-
mero* de los obispos sin alguna jurisdiccion sobre ellos, se acabó de
hecho la unidad de la Iglesia, y tendríamos tantas Iglesias como
obispos, y despues ni obispos ni Iglesias. Por esta razon promueven
y defienden con tanto calor este error. Cuando el autor del precioso
y muchas veces citado, librito de la *Liga de la teología moderna*
con la filosofía, encuentra en los jansenistas igual y aun mas vivo
empeño por sostener este mismo error, ¿no tendrá razon para sacar
de aquí un nuevo y fuerte argumento con que probar su confedera-
cion con los filósofos *en contra de la Iglesia de Jesucristo*? Si nos
vemos precisados á repetir con tanta frecuencia esta reflexion, la
culpa es de quien con la misma frecuencia dá motivo para hacerla.

⁶ T. 9, p. 85; t. 11, p. 26, 29, 57, 63; t. 14, p. 72, 83, 97, etc. —
7 T. 14, p. 97. — 8 T. 11, p. 57.

» pensar las cosas en la balanza de la verdad) son las que han producido esta revolucion en los espíritus...¹. Voltaire ha sido el Belerofonte (risum teneatis) que ha aterrado la Quimera; el Hércules² que ha oprimido bajo sus pies la hidra fatal del fanatismo³. »

¹ T. 10, p. 35. — ² T. 9, p. 226.

³ No se crea que nuestros filósofos hablan siempre el lenguaje de la victoria de que usan aquí. En ciertas juntas secretas se diría que no saben qué es lo que los trastorna. Es de creer que sus cosas no estaban verdaderamente en el punto de gloria, en que tan repetidas veces las quieren representar. Sus bravatas son uno de los acostumbrados artificios de que se valen con ventajas los generales experimentados, para aterrar á sus enemigos y disimular su propia pérdida. Sea de esto lo que fuere, á lo menos es cierto, que aunque parezcan alguna otra vez demasiado francos y arrojados, obran frecuentemente con mucha circunspeccion (*OEuvres posth.*, t. 8, p. 285; t. 9, p. 36, 223, 260, 286; t. 10, p. 15, 219; t. 11, p. 78, 247; t. 14, p. 42, 185; t. 15, p. 34, 159, y edic. del año de 1789, t. 2, p. 308) y que sus conquistas, mas que á la fuerza de sus armas, se deben á la sagacidad sutil de la política que los dirige. Muchas veces no han encontrado por oportuno declararse abiertamente enemigos de la Iglesia de Jesucristo. Sabian muy bien que con aplicar en derecho la mano á demoler este viejo edificio, se habrian expuesto á caer bajo los tiros de los que le defenden. Se ha fingido, pues, no querer quitar mas que algunos defectos; se ha intentado levantar cerca de él uno nuevo y mas cómodo, y se ha esperado que los habitantes del primero se pasasen á habitar el segundo. En vez de asestar los cañones contra sus muros, han ido minando los cimientos (edic. 1789, t. 2, p. 326; edic. 1788, t. 9, p. 286). Bajo pretexto de asegurar y dilatar los derechos de sus jefes, se la ha despojado de los soldados, se ha fingido acariciar la Religion, y de camino se le ha descargado el golpe en lo mas vivo. De este modo la incredulidad ha hecho grandes progresos, la Iglesia ha perdido sus mejores tropas, las mismas guardias avanzadas han sido embestidas por los enemigos, cuando los creían mas remotos, y los cuerpos que cubrian las fortificaciones exteriores, volaron por los aires antes que supiesen que estaban minados. Estas son ventajas efectivas para la filosofía, y la Religion quedó como consternada. Pero si aquella los enunció en aire de triunfo, no se le pudo ocultar que sus consecuencias no podian dejar de ser muy pequeñas. Revistadas sus tropas, encontró que no tenia mas que *doscientos mil hombres* contra diez y seis millones (*OEuvres posth.*, edic. 1788, t. 10, 30; t. 11, 57, 65); y aun despues, hecho mejor el cálculo, confesó no tener mas que *mil* que oponer á cada diez millones (*OEuvres posth.*,

Pero por mas gloriosa que se quiera ostentar aquí la filosofía, su triunfo no era completo. Los frailes, los clérigos, los obispos y el Papa, á pesar de todos sus esfuerzos y los choques contrarios de los *bellos espíritus*, gozaban aun en la Cristiandad de un crédito y de una autoridad en extremo molesta á los incrédulos. Ellos sentian cada vez mas su peso, y por todas partes experimentaban golpes violentísimos. Es verdad que la filosofía confiaba reinar al fin victoriosa donde habia tenido su primera cuna, y ver aniquilados á sus mas formida-

edic. 1789, t. 2, p. 303). La desigualdad es monstruosa, pero nos consta por confesion suya. Hubieran sido al menos soldados generosos, disciplinados, unidos, fieles y honrados (*OEuvres posth.*, edic. 1788, t. 9, p. 140, 369; t. 11, p. 65, 108). Pero no: muchos han descubierto su bellaqueria y su desvergüenza, otros deshonraron la divisa con hacerse esclavos de las supersticiones verdaderas, cuando combatian las imaginarias, como aquel *viejo príncipe de Anhalt-Dessau, que no creia en Dios; pero si yendo á casa, llegaba á encontrar tres viejas, retrocedia al punto, teniéndolo por un malísimo agujero, y que no emprendia cosa alguna en lunes, porque este era un día infeliz: como Hobbés, que siendo incrédulo de día, no podia dormir solo de noche por temor de los muertos: como el héroe del marques d'Argens (t. 13, p. 301), el impío Juliano, que tomando el carácter de espíritu fuerte contra las luces del Evangelio, se abandonó enteramente á las locuras mas vergonzosas del paganismo: todos estos por fin, estaban tan discordes entre sí, que no pueden encontrarse dos (t. 11, p. 45; edic. 1789; t. 2, p. 50, edic. 1788; t. 9, p. 369), que convengan en la misma opinion, y los mas abandonaron cobardemente el campo, cuando (á la hora de la muerte) debieron haber mostrado mayor constancia. El mismo Patriarca de Fernex (t. 11, p. 51; t. 14, p. 86) ha dado muchas veces sobre este propósito escándalos que han hecho á la incredulidad un daño que no está reparado aun. A los mismos generales de la filosofía, que conocen intimamente la situacion verdadera de sus ejércitos, se les ha visto en muchas ocasiones perder el valor en el momento mismo en que se creía mas seguro su triunfo (t. 9, p. 139, 219, 369; t. 10, p. 10, 15; t. 11, p. 57, 321, 326; t. 12, 15). El éxito de la guerra les pareció del todo incierto: tal vez lo reputaron por desesperado, y estuvieron á punto de abandonar la empresa. Sin embargo, únicamente abandonaron la idea de revolucionar todo el mundo y de fundar un Estado nuevo, y se limitaron á la institucion de una sociedad que fuese la *simia* de la de los jesuitas (t. 10, p. 19). Por entonces fué el parto de los montes.*

bles enemigos, es decir los regulares, despojada la Iglesia de todos sus bienes, y quitada la jurisdiccion al Papa, pero la revolucion que debia producirle tan grande bien, no estaba aun madura. Otro grande Príncipe pareció prometerle entonces mayor fortuna. Sea ella misma la que por boca de sus doctores nos revele lo que pensaba de él. Su testimonio no podrá tenerse por sospechoso. «Toca al César¹, escribia d'Alembert en 1775 al filósofo » regio de Berlin, toca al César² reparar las necesidades » de los druidas y de sus agentes, y dar á su siglo, á un » mismo tiempo, lecciones de guerra y de paz, de humanidad, de justicia y de filosofía.»

A la verdad, este príncipe engañó algun tanto la esperanza de los filósofos, cuando al pasar en 1777 por las cercanías de Ferney, no fué á tributar sus homenajes al patriarca de los incrédulos³. D'Alembert no hubiera ja-

1 T. 14, p. 277. — 2 José II, emperador de Alemania.

3 Esta graciosa anécdota se halla por menor en el libro titulado : *Lesito della morte, etc.*, al fin de la interesante descripción de *Ferney, y del castillo de Voltaire*, p. 114, y consta por un testimonio superior á toda excepcion, á saber, por M. Hugonet, cura de la misma quinta de Ferney. «Persuadido Voltaire que este gran » príncipe (el emperador José II) vendria á visitarle, y acaso á comer con él, habia hecho prevenir una suntuosa comida, y preparar una mesa de treinta á cuarenta cubiertos. Una porcion de jóvenes bizarros andaban á caballo al rededor del castillo. Un desatamiento de inválidos venidos de la fortaleza de la Esclusa, estaba de guardia á la entrada y puertas del castillo. El ya caduco » Voltaire nada habia omitido en la compostura de su persona para parecer remozado : habia rogado á M. Hugonet, que celebrase la » misa al rayar el dia, para que el concurso fuese luego mas numeroso ; pero el cura se resistió á complacerle, dando por motivo » que el emperador probablemente habria pensado oír su misa » (aquel dia era domingo) ; concluyendo con que aun prescindiendo de aquel motivo, él no debía exponerse al peligro de ser reprendido por S. M. el emperador, el cual podria desaprobar con razón » un trastorno hecho con solo el objeto de satisfacer la curiosidad. » Ya era medio dia, el emperador no llegaba. Dió la una, las dos, » pasan tres horas, y no se tienen noticias de su arribo. La paciencia del filósofo tocaba ya á los extremos. Algunos Ginebrinos de » la milicia urbana corren á tienda suelta hácia la fortaleza de la » Esclusa y encuentran al emperador : llegan á él, se aproximan, y » tienen la debilidad de decirle : Señor, M. Voltaire os espera á

más imaginado que lo dejase de hacer así. «Yo creo, » escribia al rey de Prusia⁴ en fecha 28 de julio, que á » estas horas habrá regresado del emperador á sus estados. Debia pasar por Ginebra, y me imagino que des- » pues de haber visto tantas cosas, y entre ellas muchas » que no merecen la pena, habrá deseado ver tambien » al patriarca de Ferney, á quien esta visita imperial » añadirá muchos años de vida. » Però d'Alembert no tardó mucho en quedar desengañado de sus imaginaciones por su regio corresponsal⁵. «He sabido, así le escribe con fecha de 15 de agosto, que el conde de Falkenstein³ ha visto puertos, arsenales, naves, fábricas, etc., y que no ha visto á Voltaire. Aquellas cosas » se encuentran en todas partes; mas para producir un » Voltaire se necesitan siglos⁴. Si yo hubiera sido el emperador, no habria pasado por Ferney sin oír al viejo » patriarca, siquiera por poder decir que lo habia visto » y oído⁵. Segun ciertas anécdotas que me han contado,

» comer. El emperador les contesta con una ojeada de desprecio, y » llega á las seis de la tarde á Ferney, donde apenas entra, manda » á los postillones apretar los caballos, y pasa sin dignarse dirigir » una sola mirada al castillo. Voltaire, herido como de un rayo, al » recibir esta noticia, se va despedido á tirarse sobre la cama, diciendo á la compañía que allí se encontraba reunida : Señores, el » emperador no ha querido hacerme el honor de venir aquí : » vayan ustedes y coman, y cuiden de que los inválidos participen del banquete. »

1 T. 15, p. 52. — 2 T. 11, p. 261.

3 José II, que viajaba bajo este título.

4 En efecto, se han necesitado cuarenta siglos para producir un hombre tan impio : los monstruos siempre son raros.

5 Verdaderamente sorprende tanta admiracion de Federico para con Voltaire. Él tenia los mas justos motivos para estar disgustado de este cínico audaz, que habia ultrajado la majestad del trono de la manera mas indecente. Federico tomó á ia verdad una venganza muy humillante para Voltaire ; pero al fin lo volvió á recibir en su amistad, y los elogios que despues prodiga en sus cartas á este impio, son tan excesivos, que causan náuseas y dan á conocer que aun los grandes géneos estan sujetos á flaquezas que apenas se perdonarian en el sexo débil. Repitémoslo nuevamente : es forzoso que la mania de filosofar sea una pasion demasiado ciega y violenta, pues de tantos modos envileció la grande alma de Federico rey de Prusia, y le hizo perder tantas veces y contradecir aquel buen